

LA MEDIACION UNIVERSAL DE LA «SEGUNDA EVA» EN LA TRADICIÓN PATRÍSTICA

De día en día va creciendo y extendiéndose entre los fieles el deseo de ver definida como dogma de fe por el Romano Pontífice la piadosa creencia de la Mediación universal de la Virgen María en la economía de la gracia. Pero la Iglesia no define, ni puede definir, como dogma de fe sino las verdades reveladas por Dios, contenidas en la Sagrada Escritura o en la Tradición. Para llegar, pues, a la suspirada definición pontifical o conciliar, ha de constar previamente que la Mediación universal está contenida en el depósito de la revelación divina. Esta labor preliminar de señalar o mostrar en la Escritura o en la Tradición una verdad está de ley ordinaria reservada a los Teólogos. Dichosos aquellos que con sus trabajos logren acelerar el día de la ansiada definición. Y como en esta obra el número no es menos necesario que el mérito personal, ya que no por el mérito, deseamos a lo menos, acrecentando el número, contribuir con nuestra colaboración a que brille cuanto antes el día feliz en que podamos profesar como dogma de fe divina la Mediación universal de María en el orden de la gracia.

Ya en diferentes ocasiones hemos estudiado la Mediación universal de María desde el punto de vista escriturístico. Ahora vamos a estudiar la Tradición patrística, aunque principalmente en cuanto contribuya a esclarecer y corroborar la argumentación escriturística.

Uno de los títulos de la Virgen que más claramente contiene la Mediación universal es el de «Segunda Eva». La argumentación basada en este título abraza dos puntos, o, si se quiere, dos premisas: esto es, una identificación personal y un análisis real. Por una parte, hay que demostrar que la Segunda Eva, anunciada en el Génesis, no es otra que la Virgen María. Por otra, hay que probar que este título entraña en sí la Mediación universal. De estas dos premisas, la segunda está clarísimamente expresada en la Escritura, como creemos haber demostrado en otros lugares hasta la evidencia; pero la primera se prueba mucho más eficazmente por la Tradición patrística. Esto es, pues, lo que principalmente pretendemos en el presen-

te estudio: probar por la Tradición que la Virgen María es la Segunda Eva o la «Mujer» prometida en el Génesis. Aunque, para no dejar incompleta nuestra argumentación y no desperdiciar los elementos que nos suministran los Santos Padres para completarla, demostraremos también cómo los Padres, al llamar a María Segunda Eva, la presentan al mismo tiempo como Medianera universal.

Según esto, es doble el valor del testimonio patrístico en esta materia: virtual o implícito, y formal o explícito. El primer valor, aunque de suyo incompleto, es más importante para nuestro objeto. Pues, como por la Escritura es ya suficientemente clara la significación de la «Segunda Eva», nos basta saber por los Padres que esta «Mujer» es la Virgen María, para colegir con toda certeza que María, Segunda Eva, es por lo mismo Medianera universal. Y notaremos, aun cuando no era necesario, que esta argumentación, mixta o combinada, de la Escritura y de la Tradición, es enteramente legítima, ya que tanto la una como la otra contienen igualmente la palabra revelada de Dios.

Dos partes, pues, comprenderá nuestro estudio. En la primera, fundamental, demostraremos que la Tradición patrística afirma con maravillosa unanimidad la identificación personal de María con la «Segunda Eva». En la segunda, de supererogación, analizaremos los testimonios de los mismos Padres para colegir de ellos la Mediación universal de la Virgen María.

I

MARÍA ES LA «SEGUNDA EVA»

Pocas tesis habrá en Teología que puedan demostrarse tan victoriósamente, como se prueba según los Santos Padres, que la Virgen María es la «Mujer» prometida en el Génesis, o, en otros términos, que es la «Segunda Eva». Más de cincuenta páginas llenan en la grande obra del Padre Passaglia (1) los testimonios patrísticos que señalan a María como la Nueva

(1) *De Immaculato Deiparae semper Virginis Conceptu*, Neapoli, 1855, pars. II, sect. V, cap. I, pags. 494-584. La bibliografía, aunque no completa, puede verse en DE LA BROISE-BAINVEL, *Marie, Mère de Grâce*, Paris, 1921, páginas 110-115; o en CHRISTIAN PESCH, S. J. *Die selige Jungfrau Maria, die Vermittlerin aller Gnade*, Freiburg im Breisgau, 1925, VII-VIII. Entre los libros no consignados queremos hacer notar H. Legnani, S. J., *De Secunda Eva*, Venetiis 1883.

Eva, y eso que la enumeración dista mucho de ser completa. Si atendemos a su antigüedad, entre estos testimonios figuran San Justino y el autor de la Epístola a Diogneto. Si a su extensión y continuidad, abarcan toda la era patrística y comprenden todos los países. Si a su importancia o dignidad, están en ellos representados los Padres más ilustres. Si, en fin, a su claridad, no pueden ser más categóricos y terminantes. Aunque los principales de estos testimonios hemos de utilizarlos en la segunda parte de nuestro trabajo, quedan aún otros muchísimos, bastantes a convencer al más incrédulo, de que para los Santos Padres la Virgen María era la Segunda Eva.

Para mayor claridad distribuiremos estos testimonios en tres grupos. En el primero reuniremos los de los Padres ante-nicenos, que por su antigüedad tienen singular valor. En el segundo presentaremos los de los grandes Padres de los siglos IV y V. En el tercero, finalmente, añadiremos los de los Padres y escritores eclesiásticos de los siglos posteriores.

A.—*Padres ante-nicenos.*

San Justino, en su Diálogo con el Judío Trifón, escribe: «Eva enim cum virgo esset et incorrupta, sermone serpentis concepto, inobedientiam et mortem peperit. Maria autem virgo, cum fidem et gaudium percepisset, nuntianti angelo Gabrieli laetum nuntium... respondit: *Fiat mihi secundum verbum tuum*» (n. 100. MG. 6, 709).

Al mismo tiempo, más o menos, pertenece la Epístola a Diogneto. Y si sus dos últimos capítulos (11 y 12) son obra de San Hipólito, no son muy posteriores. En el 12, hablando del árbol de la ciencia y de la vida, dice: «Cuius arborem ferens et fructum adipiscens semper metes, quae apud Deum desiderantur, quae serpens non attractat neque fraus attingit; neque Eva tunc corrumpitur, sed virgo creditur» (12, n. 8). Sobre las cuales palabras anota Funk: «Auctor Evam virginem appellare videtur, Mariam virginem tamquam alteram Evam in mente habens» (Pateres Apostolici, vol. 1, pag. 413. Tubingae, 1901). (Cf. E. Neubert, *Marie dans l'Eglise anténicéenne*, págs. 249-250. París, 1908.)

Pero el que con mayor insistencia y vigor ha expresado el paralelismo o antítesis entre la Primera y la Segunda Eva es San Ireneo, el Padre por anonomasia de la tradición católica. Hasta hace poco los testimonios de San Ireneo en esta materia se tomaban de su grande obra *Contra las he-*

rejas. Despues tendremos la ocasión de utilizar esos testimonios. Mas para el objeto presente es más oportuno el testimonio tomado de su obra *Demostración de la predicación apostólica*, descubierta en 1904, la cual, por su carácter más apolégético y casi catequético, que no polémico, tiene más valor demostrativo. Dice así el Santo Obispo de Lión (1): «Así como por una virgen desobediente fué el hombre herido, cayó y murió, de la misma manera por medio de la Virgen, obediente a la palabra de Dios, el hombre, reanimado por la vida, ha recobrado la vida... Era justo y necesario que Adán fuera restaurado en Cristo, a fin de que lo mortal fuese absorbido y devorado por la inmortalidad, y que Eva fuera restaurada en María, a fin de que una Virgen, hecha abogada de una virgen, borrase y aboliese por su obediencia virginal la desobediencia de una virgen» (c. 33, Cf. *Recherches de science religieuse*, VI [1916], pág. 391. Esta misma traducción del P. Barthoulot, S. I., anotada por Tixeront, ha sido publicada en la *Patrologia Orientalis* de Graffin-Nau, tom. XII, págs. 749-802. Paris, 1919). Sobre este pasaje de San Ireneo dice muy bien Neubert: «Este oficio de María como reparadora de la obra de Eva no era para el autor del *Adversus Haereses* un simple argumento contra los que negaban la concepción virginal; reproducido igualmente en su *Exposición de la predicación apostólica*, se halia consiguientemente en el número de los puntos que eran para Ireneo no simple Teología, sino la religión misma» (op. cit., pág. 246), como confiesa Harnack (*Texte u. Unters.*, XXXI, pág. 66).

Son muy parecidas a las de San Ireneo las palabras de Tertuliano: «In virginem enim adhuc Evam irrepserat verbum aedificatorium mortis: in virginem aequa introducendum erat Dei verbum exstructorum vitae; ut quod per eiusmodi sexum abierat in perditionem, per eundem sexum redigeretur in salutem.» (*De carne Christi*, 17. ML. 2, 782.)

(1) He aquí cómo traduce Weber este pasaje de San Ireneo: «Et quomodo per virginem, quae non oboediebat, percussus est homo et lapsus mortuus est, eo modo et per Virginem, quae oboedivit verbo Dei, in rursus excitato homine vita accepit vitam. Nam venit Dominus, ut perditam ovem iierum quaereret, et perditus erat homo. Et propter hoc alia creatura aliqua non factus est, sed ab eadem, quae ab Adam genus habebat, similitudinem creaturae servavit; nam necesse et dignum erat, rursus perficere Adam in Christo, ut submersum absorberetur mortale ab immortaitate, et Evam [perficere] in Maria, ut Virgo virginis advocata facta solveret et destrueret virgineam inoboedientiam per virgineum obsequium». (*Sancti Ireneai Episcopi Lugdunensis Demonstratio Apostolicae Praedicationis*. Ex armeno vertit... Simon Weber. Friburgi Brisgoviae, 1917, pág. 59-60.)

Aunque no tan categórico, es suficientemente claro el testimonio de San Cipriano de Cartago, quien, combinando el vaticinio de Isaías sobre la virgen Madre del Mesías con el oráculo del Edén, afirma por el mismo caso la identidad de la Virgen con la Mujer del Génesis. Dice: «*Ecce virgo in utero accipiet et pariet filium, et vocabitis nomen eius Emmanuel*. Hoc semen praedixerat Deus de muliere procedere, quod calcaret caput diaboli. In Genesi: *Tunc dixit Deus ad serpentem: ... Et ponam inimicitiam inter te et mulierem et inter semen tuum et semen eius.*» (Ad Quitinum, Testimon. adversus Iudeos, lib. II, c. 9. ML. 4, 704.)

San Gregorio Taumaturgo, obispo de Neocesarea, reproduce el mismo paralelismo en una homilía no ha mucho descubierta y que parece auténtica: «Puesto que la primera virgen sucumbió seducida por Satán, Gabriel llevó el mensaje a la Virgen María, para que la virgen se asemejase a la virgen y el parto al parto. Engañada por la adulación, Eva produjo palabras de muerte; María, recibiendo el mensaje, dió a luz el Verbo encarnado, el Verbo de la vida. Por las palabras de Eva, Adán fué arrojado del paraíso; el Verbo (nacido) de María ha revelado la cruz por la cual el ladrón ha entrado en el paraíso de Adán.» (Sermo de Nativitate Christi, 23. Pitra, *Analecta sacra*, IV, pág. 394.)

San Justino en Palestina, San Gregorio en Asia, Tertuliano y San Cipriano en África, San Ireneo en las Galias, son testigos abonados de que era común en la primitiva Iglesia la creencia de que la Virgen María era la Segunda Eva prometida en el paraíso al hombre para deshacer la obra de la primera Eva.

B. Los grandes Padres de los siglos IV y V.

Los siglos IV y V, en que llegó a su apogeo la literatura patrística, recogieron piadosamente la tradición de los siglos anteriores.

Comenzaremos por los Padres orientales.

El testimonio de San Cirilo de Jerusalén tiene valor especial por la índole característica de sus *Catequesis*. Dice así en la Catequesis XII: «*Per virginem Evam subiit mors: oportebat per virginem, seu potius de virginine, prodire vitam: ut sicut illam decepit serpens, ita et huic Gabriel bonum nuntium adferret*» (Cat. XII, 15. MG. 33, 741-742).

Más espléndido es el testimonio de San Epifanio, quien, refutando a los herejes Antidicomarianitas, escribe: «*De duabus feminis dictum illud est: Quis dedit mulieri sapientiam aut variegandi scientiam?*» (Iob, 18, 36.)

Etenim Eva illa prior sapiens mulier Adamo, quem ipse nudaverat, adspectabilia quaedam vestimenta contexuit... At Mariae divinitus illud obtigit, ut agnum nobis atque ovem pareret: cuius ex splendore ac gloria, tamquam e vellere, per eiusdem virtutem immortalitatis nobis vestis sapienter est confecta. Aliud praeterea in utraque, Eva scilicet ac Maria, considerari potest, et quidem admiratione dignum: siquidem Eva generi hominum causam mortis attulit, per quam mors est in orbem terrarum invecta; Maria causam vitae praebuit, per quam vita est nobis ipsa producta... Quoniam vero cum adhuc virgo in hortis Eva degeret, per contumaciam apud Deum offenderat, ideo gratiae propria ab Virgine manavit oboedientia, postquam circumfusi corpore Verbi sempiternaeque vitae de caelo est nuntiatus adventus. Nam illic ita serpentem Deus alloquitur: *Inimicitiam ponam inter te et inter illam, inter semen tuum et semen illius.* Atqui nusquam eiusmodi semen mulieris inveniri potest. Unde non aliter quam per adumbrationem ac similitudinem ad Eam hostiles illae inimicitiae referuntur, quas cum huius stirpe serpens ille et qui in serpente inerat invidia flagrans diabolus exercet» (Adversus Haereses, 78, 18. MG. 42, 728-729).

De mayor peso es aún el testimonio de San Juan Crisóstomo, de quien por ahora baste citar lo que escribe en su magnífico comentario sobre el Génesis (3, 15): «*Sed Et inimicitiam ponam inter te et inter mulierem, inter semen tuum et semen eius.* Neque hoc contentus ero quod super terram reptes, sed et inimicam foederisque nesciam faciam tibi mulierem; neque eam solam, sed et semen eius semini tuo hostem perpetuum faciam» (In Gen., hom. 17, 7. MG. 53, 143).

San Cirilo de Alejandría cita entre otros testimonios, que aduce para probar la divina maternidad de María, unas palabras de San Juan Crisóstomo, las cuales se hallan en una homilia sobre la Natividad del Señor. Aunque no es del todo segura la autenticidad íntegra de esta homilia, con todo, vale la pena de copiar el paralelismo que establece entre Eva y María, aunque no sea sino por la confirmación indirecta que recibe de San Cirilo (De recta fide ad Reginas, X. MG. 76, 1216): «Quare vero ex Virgine nascitur et virginitatem illibatam servat? Quia quondam virginem Eam decepit diabolus, idcirco ad Mariam, quae virgo erat, felicem nuntium Gabriel detulit. Sed decepta quidem Eva peperit verbum quod mortem intulit; at felicem nuntium accipiens Maria Verbum in carne genuit, quod vitam nobis aeternam conciliat. Verbum Evae lignum indicavit, per quod lignum e paraiso Adamum expulit: Verbum autem quod ex Virgi-

ne prodiit, crucem exhibuit per quam latronem vice Adami in paradisum introduxit» (Hom. in Christi Natalem diem. MG. 56, 792-793).

La tradición del Asia Menor está bien representada por San Anfiloquio, obispo de Iconio, quien, después de conmemorar el parto de la Virgen, exclama: «Quae nova haec et mirabilis doctrina? Quae omnipotens, et faciens mortalem, divinae providentiae benevolentia? Quod grande astutissimumque stratagema adversus diabolum? Mundus assertus est in libertatem per Virginem, qui per virginem olim sub peccatum corruerat. Virginali partu tot tantaeque invisibilium daemonum copiae in tartarum praecipites datae sunt» (Oratio in Christi Natalem, 39. MG. 39, 40-41).

A San Anfiloquio siguió de cerca Teodoto de Ancira: «Pro ea quae ad mortem ministra exsisterat virgo Eva, Deo gratissima ac Dei plena gratia Virgo in vitae obsequium eligitur... Virgo innocens, sine macula, omni culpa vacans, intemerata, impolluta, sancta animo et corpore, sicut lily inter medias spinas germinans: non docta Evae mala...» (Homilia VI in S. Deiparam et in Nativitatem Domini, 11. MG. 77, 1427).

A los Padres Griegos hay que añadir los Siros y los Armenios. San Efrén, el más ilustre de los Padres Siros, es también uno de los que con mayor frecuencia establece el parangón entre la Antigua y la Nueva Eva: «Per Evam nempe decora et amabilis hominis gloria extincta est: quae tamen rursus per Mariam refloruit» (S. Patris nostri Ephraem syri opera omnia quae exstant graece, syriace et latine recens. P. Benedictus, S. I., Ios. et St. Evod. Assemanus. Romae, 1737-1746. Tom. II. pag. 318). «Quae duae feminae innocentia et simplicitate floruerunt Maria et Eva, altera salutis, altera nostrae mortis origo fuit. Age rationes utriusque conferamus. Eva ex quo simplicitatem a prudentia discrevit, plane desipuit; Maria sapienter prudentiam credidit esse salem et conditum simplicitatis» (Ib. pág. 327).

Ya antes que San Efrén había escrito Afraates: «Ex his, fratres, novimus et videmus a principio per mulierem inimico datum esse ad homines introitum, quem ad finem usque per eam servabit, ipsa est enim telum satanae... Propter eam maledictio legis constituta est; propter eam mortis est facta promissio...; propter eam maledicta est terra, ut spinas et tribulos efferas. Nunc vero per beatae Mariae prelis adventum, eradictae sunt spinae sudor abstersus... et mucro gladii amotus ab arbore vitae, quae in escam data est credentibus...» (Demonstratio VI, De Monachis, 6. Graffin Patrologia syriaca, tom. I, pag. 266. Parisiis, 1894).

Por fin, San Gregorio el Iluminador, el apóstol de los Armenios, dice

hablando con Dios: «Consilia voluntatis tuae... in plenitudine temporum patefecisti per dilectum Filium tuum, quem propterea misisti ut ex Virgine sancta nasceretur, atque, ut, quemadmodum per primam virginem Evam mors in mundum intravit, ita per hanc secundam Virginem in mundum vita ingrederetur» (Palabras citadas en la *Historia del reino de Tiridates y de la predicación de San Gregorio el Iluminador*, edición de Venecia, páginas 65-66).

Si del Oriente pasamos al Occidente, no son menos en número ni menos ilustres los testimonios que nos saldrán al paso. Zenón, obispo de Verona, al celebrar las glorias de la caridad exclama: «O caritas... tu Deum in hominem demutare valuisti... Tu virginali carceri novem mensibus reliquisti. Tu Evam in Mariam redintegrasti. Tu Adam in Christo renovasti». (Tractatus, lib. 1, tract. 2, 9. ML. 11, 278).

San Ambrosio tiene en el mismo contexto (In Luc. lib. II) dos expresiones que combinadas atribuyen a la Virgen en la obra de la reparación una parte análoga a la que tuvo Eva en la ruina. «Nec otiosum videtur quod et ante Ioannem Elisabeth prophetat, et Maria ante Domini generationem... Nam sicut peccatum a mulieribus coepit, ita etiam bona a mulieribus inchoantur» (In Luc. lib. II, 28. ML. 15, 1643). Donde, aun cuando habla San Ambrosio en plural, con todo, al relacionar a Isabel con San Juan y a María con Jesús, indica la inmensa diferencia que media entre ambas. Sobre todo que poco antes ha dicho de María: «Nec mirum si Dominus redempturus mundum, operationem suam inchoavit a Maria; ut, per quam salus omnibus parabatur, eadem prima fructum salutis hauriret ex pignore» (ib., 17. ML. 15, 1640). Más claros son los dos pasajes siguientes: «Considerate, filii, quam sibi veniens in has terras Dominus Iesus matrem elegerit. Salutem mundo datus, per virginem venit, et mulieris lapsus partu virginis solvit» (Exhortatio virginitatis, IV, 26. ML. 16, 359). «Per mulierem cura successit, per Virginem salus evenit» (Epist. 42, 3. ML. 16, 1173).

Los testimonios de San Jerónimo no necesitan comentario. En los *Tratados u homílias sobre catorce Salmos*, recientemente descubiertos y publicados por D. Germán Morin, dice, con ocasión de la mujer de Job: «Videte artem hostis antiqui:... nihil ei (Iob) reliquit nisi linguam et uxorem, ut illa tentaret et illa blasphemaret. Memor fuit diabolus pristinae artis, qua Adami aliquando decepit per mulierem: ita et hunc appetit per uxorem, a estimans quod semper viros possit per mulierem decipere, non considerans quia unus per mulierem deiectus est, et nunc per mulierem totus mundus salvatus est. In mente tibi venit Heva, sed considera Mariam: illa

nos eiecit de paradiso, ista reducit ad caelum» (Tract. de Ps. XCVI. *Anecdota Maredsolana*, vol. III, p. III, pág. 92. Maredsoli, 1903). Con más concisión y energía escribe el mismo San Jerónimo a Eustoquio: «Postquam vero Virgo concepit in utero, et peperit nobis puerum..., soluta maledictio est. Mors per Evam, vita per Mariam» (Epist. 22, 21. ML. 22, 408).

Más numerosos, y no menos explícitos, son los testimonios de San Agustín, quien se complace en contraponer la persona y la acción de María a la persona y la acción de Eva. En su libro *De agone christiano* escribe: «Dominus autem Iesus Christus, qui venerat ad homines liberandos, in quibus et mares et feminae pertinent ad salutem, nec mares fastidivit, quia marem suscepit, nec feminas, quia de femina natus est. Huc accedit magnum sacramentum, ut, quoniam per feminam nobis mors acciderat, vita nobis per feminam nasceretur; ut de utraque natura, id est, masculina et femina, victus diabolus cruciaretur, quoniam de ambarum subversione laetabatur; cui parum fuerat ad poenam si ambae naturae in nobis libarentur, nisi etiam per ambas liberaremur.» (De agone christ., 24. ML. 40, 302.) En otro lugar hace hablar al mismo Cristo en estos términos: «Ecce natus sum vir, ecce natus ex femina... Uterque sexus videat honorem suum.. Decipiendo homini propinatum est venenum per feminam: reparando homini propinetur salus per feminam. Compenset femina decepti per se hominis peccatum, generando Christum.» (Serm. LI, cap. 3. ML. 38, 335.) Añade en otro sermón el santo Doctor: «Quia per sexum femininum cecidit homo, per sexum femininum reparatus est homo, quia Virgo Christum pepererat... Per feminam mors, per feminam vita.» (Serm. CCXXXII, cap. 2. ML. 38, 1.108.) Por fin, en su tercer sermón sobre el nacimiento de San Juan Bautista, escribe: «Primus ille casus noster fuit, quando femina, per quam mortui sumus, in corde concepit venena serpentis... Si primus noster casus fuit, cum femina concepit corde venena serpentis, non mirandum quod salus nostra facta est, cum femina concepit in utero carnem Omnipotentis... Per mulierem in interitum missi eramus, per mulierem nobis redita est salus.» (Serm. CCLXXXIX, 2. ML. 38, 1.308.—Cf. Sermón CXC, cap. 2. ML. 38, 1.008.)

De San Pedro Crisólogo citaremos luego los pasajes más importantes; por ahora nos basta lo que dice en un sermón sobre el misterio de la Encarnación: «Ipsa (femina) fit totius materia ruinae, quae facta fuerat ad solacium singulare. Hinc peccatum primum, hinc origo mortis... Hinc est, fratres, hinc est quod Christi talis est ordo nascentis: ad virginem diabolus venerat, venit angelus ad Mariam, ut quod malus deiecerat angelus;

bonus angelus allevaret. Perfidiam suasit ille, hic fidem: suasori credidit illa, ista credit auctori.» (Serm. CXLVIII. ML. 52, 597.)

Con la noble majestad de su elocuencia designa San León el Grande a la Virgen María como la Mujer prometida en el Edén: «Deus... cuius opus misericordia est, statim ut nos diabolica malignitas veneno suae mortificavit invidiae, praeparata renovandis mortalibus suae pietatis remedia inter ipsa mundi primordia praesignavit: denuntians serpenti futurum semen Mulieris quod noxii capit is elationem sua virtute contereret: Christum scilicet in carne venturum, Deum hominemque significans, qui natus ex Virgine violatorem humanae propaginis incorrupta nativitate damnaret.» (Serm. XXII, cap. 1. ML. 54, 194.)

El mismo pensamiento, aunque más en concreto, expone San Máximo, obispo de Turín: «Nascitur Christus ex femina, ut sicut Adam decipientem per Eam diabolum non potuit praecavere, ita diabolus adventantem per Mariam Deum non deprehenderet esse praesentem. Parturit ergo femina salutem mundi, ut quae exstiterat fomes iniquitatis, fieret ministra iustitiae; et per quam mors sibi in hunc mundum aditum patefecit, per eam ad nos vita haberet ingressum.» (Serm. XV. ML. 57, 254.)

A los testimonios de estos Padres no será inútil añadir el de los poetas cristianos. El poema *Adversus Marcionem*, que algunos sospechan ser anterior al año 326, expresa hermosamente la doble antítesis entre Cristo y Adán, entre la Virgen y Eva:

«Adam vi captum sic quaerit Christus ubique,
ipse viam gradiens qua mors operata ruinam est...
Et quia terribilis puto demersus iniquo
vir cecidit, suasit virgo subducta dracone,
consilio placuit, tegmen caeleste reliquit.
Arguit hos lignum nudos, mors atra coegit;
ex eadem massa simili ratione refecta
iam renovata redit, flos carnis et hospita pacis.
Virgine desponsa caro non ex semine nato
artifici coniuncta suo, sine debito mortis.
Angelus haec manda Patri per sidera defert
lucida, ut angelica credantur nuntia fama,
Virginis ut virgo, carnis caro debita solvat...
Sponsa virum necuit, genuit sed sponsa Leonem;
virgo viro nocuit, sed Vir de Virgine vicit.»

(Lib. II, vv. 133 sigs.)

De más valor teológico y poético son las estrofas del poeta cristiano

por excelencia, Prudencio; quien, después de recordar el pecado de Adán y Eva, canta visiblemente conmovido:

«Ecce venit nova progenies,
aethere proditus alter homo,
non luteus, velut ille prior,
sed Deus ipse gerens hominem,
corporeisque carente vitiis...
Hoc odium vetus illud erat,
hoc erat aspidis atque hominis
digladiabile discidium,
quod modo cernua feminineis
vipera proteritur pedibus.
Edere namque Deum merita
omnia Virgo venena domat:
tractibus anguis inexplicitis
virus inerme piger removit,
gramine concolor in viridi.»

(*Cathemer.*, III, vv. 136-155. ML. 59, 805-807.)

No desdican de las estrofas de Prudencio los hexámetros de Sedulio:

Expulerat primogenitum saevissimus anguis
florigera de sede virum... Heul noxia coniux,
nobia tu coniux magis, an draco perfidus ille?
Perfidus ille draco, sed tu quoque nobia coniux...
Nec reducem spes ferret opem
ni pius ille Sator, culpas ignoscere promptius,
. veniale misertus
instauraret opus, ut unde
culpa dedit mortem, pietas daret inde salutem.
Et velut e spinis mollis rosa surgit acutis,
nil, quod laedad, habens, matremque obscurat honore:
sic Evae de stirpe sacra veniente Maria,
virginis antiquae facinus nova virgo piaret:
ut quoniam natura prior vitiata iacebat
sub ditione necis, Christo nascente, renasci
posset homo, et veteris maculam deponere carnis.»

(Carm. Pasch., II, vv. 1-34. ML. 19, 593-596.)

En su paráfrasis prosaica reproduce Sedulio con algún mayor relieve los mismos pensamientos. (Ibid.)

C. — *Padres y escritores posteriores.*

Después de los testimonios aducidos, casi podría parecer superfluo

añadir el de los Padres y escritores eclesiásticos de los siglos posteriores. No será, con todo, inútil ver cómo se perpetúa en ellos la tradición recibida de los Padres antiguos. Para ello nos bastarán pocos testimonios.

Comenzando por los orientales, Procopio de Gaza dice, entre otras cosas: «*Maria enim typus Eva fuit. Utraque siquidem virginitate vigebat. Verum Eva, in virginitate existens, deliquit... Sed Maria gaudium et laetitiam toti mortalium generi annuntiavit, humanique generis maledictionem, in quam devenerat, fugavit. Ideo Eam omnes culpant et incusant, Mariam omnes laudant et beatam proclamant; quae quasi personam Evae gerens inquit: ex hoc beatam me dicent omnes generationes.*» (In Gen. 3, 16. MG. 87, 211-212.)

Análogas son las expresiones de Andrés, arzobispo de Creta: «*Plaudant mulieres, mulier enim quae olim ansam peccati inconsultius praebuit, salutis nunc primitias intulit; quaeque aliquando rea fuit, nunc ostensa est divino probata iudicio, mater viri nescia, factori electa, et restauratio generis... Muliebris sexus maledictionem primam corrigit, salutis inde ducto initio, unde initium fuerat peccati.*» (Oratio in Deiparae Nativ., MG. 97, 809-814. Cf. también In Annuntiationem B. Mariae, MG. 97, 887-888 A y 891-892 A.)

Juan de Eubea, hablando con Adán, exclama: «*Per Mariam, Dei Matrem, laetare, o Adam: quia per mulierem a serpente deceptus, etiam per mulierem ipsum conculcas. Tempus enim advenit quo unde sibi hostis clipeum condidit, ex eadem natura suppeditata sunt tela a potente conjecta. Nam lignum et mulier causa fuerunt tui a paradiso exsiliis; nunc vero mulier et lignum tibi causa sunt quamobrem revoceris...*» (Oratio de Virginis concept., 21. MG. 96, 1495-1496.)

De mayor autoridad es el testimonio de San Germán, patriarca de Constantinopla: «*Potens igitur ad salutem auxilium tuum, o Deipara... Tu enim revera verae es Vitae parens; tu fermentum reformationis Adae; tu opprobiorum Eva liberatio. Illa pulveris mater, tu Luminis. Illius vulva, corruptio; tuus uterus, a corruptione immunitas. Illa, mortis demoratio et sedes; tu, a morte translatio. Illa, palpebrarum in terram demissio; tu, insomnis vigilantium gloria. Proles illius, dolor; tuus Filius, omnigenum gaudium. Illa, ut terra, in terram cessit; tu, et nobis Vitam peperisti, et ad vitam rediisti, vitamque, post etiam mortem, hominibus conciliare potuisti... Nam et tutela tua immortalis est, et intercessio vita, et protectio perpetua... Nemo Dei cognitione repletus est, nisi per te, o sanctissima. Nemo salvus, nisi per te, o Deipara; nemo periculorum expers, nisi per te, Virgo parens;*

nemo redemptus, nisi per te; Dei Mater; nemo donum per misericordiam consecutus, nisi per te, o digna quae Deum caperes. Quis enim tantopere peccatores defendit?... Tu autem, quae materna in Deum auctoritate polleas, etiam iis qui enormiter peccant, eximiam remissionis gratiam concilias. Non enim potes non exaudiri, cum Deus, ut verae ac intemeratae Matri suae, quoad omnia et per omnia et in omnibus morem gerat. Hinc merito afflictus quisque ad te configuit, infirmus tibi adhaeret, bello pelitus te hostibus opponit... Hinc et populus tuus christianus, perpendens rerum suarum statum, fidenter tibi suas ad Deum perferendas preces commitit... Similis atque enim tremore correptus fuerit christianus aliquis, aut pedem ad lapidem offenderit, illico tui nominis praesidium invocat... Quis enim te admirationi non habeat, spem immutabilem, protectionem immobilem, statum perfugium, semper vigilem deprecationem, perennem salutem, auxilium stabile, patrocinium inconcussum?...» (In dormitionem B. Mariae, sermo II. MG. 98, 349-354.) Fácil sería multiplicar los testimonios de San Germán, de todos los cuales se vería que, al llamar a la Virgen «Omnium peccatorum mediatrix vere bona» (In annuntiationem SS. Deiparae, MG. 98, 322), hablaba de una mediación universal e inmediata en el mismo sentido riguroso que hoy damos a esta expresión. (Cf. especialmente MG. 98, 318. 330. 379.)

San Tarasio, patriarca también de Constantinopla, dice: «*Ubi enim abundavit delictum, superabundavit gratia.* Per mulierem lucrum mortis accepimus, per mulierem universa iterum instaurabuntur.» (Oratio in Deiparae praesent. 11. MG. 98, 1494.)

Pero a ninguno de los Padres orientales de esta época cede San Juan Damasceno en autoridad ni menos en el amor con que ensalza las glorias de la segunda Eva. Otros testimonios suyos aduciremos luego; por ahora nos bastará lo que dice en su oración segunda sobre la natividad de la Virgen: «Exaudivit itaque eos (Iochim et Annam) Dominus, donans eam quae propriae Mariae nomen gerit, in splendidum et magnificum pro Eva pretium. Matris medicamentum filia effecta est: divinae reformationis nova conspersio, sanctissimae generis primitiae, rami divino ore prolati radix, primi parentis exsultatio.» (In Deiparae nativit. Oratio II, 5. MG. 96, 685-686.)

Entre los occidentales de esta época merece citarse en primer lugar San Fulgencio, obispo de Ruspe. Dice así: «In primi hominis coniuge, nequitia diaboli seductam depravavit mentem; in secundi autem hominis Matre, gratia Dei et mentem integrum servavit et carnem: menti contulit

firmissimam fidem, carni abstulit omnino libidinem. Quoniam igitur miserabiliter pro peccato damnatus est homo, ideo sine peccato mirabiliter natus est Deus homo.» (Serm. II, 6. ML. 65, 128.)

San Beda el Venerable escribe: «Aptum profecto humanae restauratio-
nis principium, ut angelus a Deo mitteretur ad Virginem partu consecran-
dam divino, quia prima perditionis humanae fuit causa cum serpens a
diabolo mittebatur ad mulierem spiritu superbiae decipiendam... Quia ergo
mors intravit per feminam, apte redit et vita per feminam. Illa a diabolo
seducta per serpentem viro gustum necis obtulit; haec a Deo edocta per
angelum mundo auctorem salutis edidit.» (Hom. in Deiparae annuntiatio-
nem. ML. 94, 9.)

Más brevemente con otra imagen expresa el mismo pensamiento San Pedro Damián: «Cibum comedit Eva, per quem nos aeterni ieunii fame
multavit: cibum Maria edidit, qui nobis caelstis convivii aditum pate-
cit.» (Serm. XLV. ML. 144, 743.)

De San Bernardo podríamos aducir innumerables pasajes. Pero, de-
jando para más adelante los más significativos, nos contentaremos ahora
con uno solo. En su sermón sobre las doce prerrogativas de la Virgen
Santísima, exclama: «Vehementer quidem nobis vir unus et mulier una
nocuere; sed, gratias Deo, per unum nihilo minus virum et mulierem unam
omnia restaurantur, nec sine magno fenore gratiarum. *Neque enim sicut*
delictum, ita et donum; sed excedit damni aestimationem beneficij magni-
tudo. Sic nimurum prudentissimus et clementissimus artifex quod quas-
satum fuerat non confregit, sed utilius omnino refecit, ut videlicet nobis
novum formaret Adam ex veteri et Evam transfunderet in Mariam.»
(Serm. de duodecim Virginis praerogativis, 1. ML. 183, 429.)

De todo lo dicho resulta evidentísimo que para los Santos Padres la
Virgen María es la Mujer, Madre del Redentor, anunciada en el Génesis;
es la segunda Eva, que en la obra de la reparación ocupa un lugar análogo,
aunque inverso, al que tuvo la antigua Eva en la obra de nuestra ruina.
Y, como decíamos al principio, esto bastaba para nuestro intento. Porque,
según se desprende claramente de la narración misma del Génesis, así
como la parte de Eva en nuestra ruina fué muy activa y eficaz, si bien se-
cundaria respecto de Adán, así la parte de María debe ser igualmente
activa en la obra de nuestra reparación. Y como la parte de Eva no se
limitó simplemente a ser esposa de Adán, sino que ella contribuyó con su
acción a nuestra ruina, así la parte de María no consistió solamente en
que fué Madre del nuevo Adán, sino que ella cooperó con sus actos a

la obra de nuestra reparación. Y más: como la acción de Eva en el primer pecado, que fué pecado también de toda la humanidad, fué positiva y directa y de eficacia universal, así también la acción de María en la redención del nuevo Adán fué positiva y directa y de eficacia tan universal, que se extendió a todos sus efectos, a toda la economía de la gracia, y alcanzó a todos los hombres. Y si a esto añadimos que, según San Pablo, el segundo Adán, en cuanto tal, es precisa y formalmente Mediador, si guese de ahí que la cooperación de María a la mediación de Cristo fué su actuación como Medianera, cuya mediación, lo mismo que la de Cristo, si bien secundaria y subordinadamente, es directa y universal.

Y aquí pudieramos dar por terminado nuestro trabajo. Pero, para mayor abundamiento y para preparar lo que diremos en la segunda parte, notaremos una cosa en que acaso no se ha reparado suficientemente.

Para probar la mediación universal y directa de la Virgen, aducen muchos autores gran número de testimonios patrísticos, que a primera vista parecen afirmar explícitamente esta mediación. Pero tales testimonios parecen a otros insuficientes, pues en rigor, dicen, pudieran explicarse por una mediación remota o indirecta, en cuanto por María se nos ha dado Cristo, y por Jesucristo nos ha venido todo bien. Como Madre del Autor de la gracia, puede, en cierto sentido, llamarse María autora de la gracia. Y hemos de confesar que, realmente, si más no hubiera, no existiría la mediación universal, en el sentido en que generalmente se entiende, cuando se atribuye a la Virgen. Pero, afortunadamente, esos reparos, que podrían ser decisivos si se tomasen las expresiones de los Padres en abstracto, resultan nulos y meras cavilaciones si los testimonios de los Padres se leen en su contexto y en su integridad, sobre todo los que hablan de María como segunda Eva. Creemos que lo dicho anteriormente justifica plenamente esta apreciación nuestra. Pero hay además otra consideración decisiva, que quisiéramos se meditase atentamente.

En los testimonios de los Santos Padres se comparan y contraponen dos extremos: Adán y Eva por una parte, y Cristo y María por otra. Ahora bien, ocurre preguntar: en este parangón antítetico, ¿cuáles son los elementos esenciales y, por decirlo así, formales? Evidentemente, son la asociación de un hombre y una mujer, y la cooperación para el mal o para el bien de un hombre y una mujer, en cada uno de los dos extremos. El modo particular o realización concreta de esta asociación y cooperación es ya cosa secundaria, y no está en eso la fuerza de la comparación. Queremos decir que la maternidad de la Virgen respecto de Jesucristo, tomada pre-

cisamente en lo que tiene de físico, no explica o justifica suficientemente la comparación entre la primera y la segunda Eva. La razón es clara. Entre Adán y Eva la relación es conyugal; entre Cristo y María es filial o maternal. Esta diversidad demuestra a todas luces que no está precisamente en esas relaciones la fuerza o el significado de la comparación. Luego la maternidad de María respecto de Cristo, aun cuando sea requisito o efecto de la asociación y cooperación o el modo concreto de realizarlas, no las agota completamente ni es precisamente su razón formal. Sigue de ahí que entre la Virgen y Cristo existe, en orden a la reparación del humano linaje, una asociación y cooperación, además de la maternidad física; y esta asociación activa es lo que constituye a la Virgen segunda Eva; o, en otros términos, esta asociación y cooperación con el Mediador, contrapuesta a la asociación y cooperación de Adán y Eva, causantes de la ruina universal, es la parte activa que tiene la Virgen en la mediación de Jesucristo, es la mediación universal.

Confirmase esta consideración por cuanto los Santos Padres, no sólo no contraponen la maternidad de María al vínculo conyugal de Eva con Adán, sino que, de parte de Adán y Eva, apenas insisten en sus relaciones conyugales.

En qué consista más particularmente la cooperación de María en la obra de la salud humana y qué parte tenga en la salud de los hombres la misma maternidad respecto del Salvador, nos lo dirán en la segunda parte los testimonios de los mismos Padres.

II

MEDIACIÓN UNIVERSAL DE LA «SEGUNDA EVA»

Hasta aquí nuestra argumentación ha sido bíblico-patrística, fundada parte en la Escritura y parte en la tradición. Pero los testimonios de los Padres, aducidos simplemente para reforzar el argumento escriturístico, están muy lejos de haber agotado la tradición patrística relativa a la segunda Eva. Quedan todavía muchos testimonios, y en cierto sentido los más importantes y eficaces, con los cuales solos, independientemente de la Escritura, se puede demostrar, no solamente que la Virgen María es la Mujer prometida en el Génesis como segunda Eva, sino que este título y oficio de segunda Eva encierra en sí los elementos esenciales de la mediación universal. Y esto es lo que vamos a hacer ahora.

Para mayor claridad, conviene precisar bien el estado de la cuestión: que por falta de esta claridad están algunos prevenidos, infundadamente, contra la mediación universal de la Virgen, mientras otros, al contrario, se empeñan en empresas arriesgadas, que no sólo no darán ningún resultado positivo, sino que podrían ser un obstáculo para lo principal que todos deseamos, que es ver proclamada en nuestros días como dogma de fe la mediación universal de la Virgen María.

Que la Virgen ejerza alguna mediación en la economía de la gracia, esto, ni nadie lo puede poner en duda, ni fuera gran gloria de la Virgen. Que como Madre de Jesucristo tenga la Virgen cierta mediación universal, a lo menos indirecta, también es cosa clara. Todo el punto está en saber si la mediación de la Virgen, que tiene por objeto directo e inmediato la misma gracia, es universal de tal suerte, que ninguna gracia se dé a los hombres que no sea por esta mediación directa de la Virgen. Pero en esto mismo hay que hacer una distinción muy importante para el objeto práctico que pretendemos. No hay que confundir la mediación directa con la intercesión actual. Con el ejemplo de Jesucristo, nuestro principal Mediador, se declarará esta distinción. Jesucristo, por el sacrificio de la cruz, en especial por la obediencia con que se abrazó con la muerte de cruz, nos mereció toda la gracia en conjunto y cada gracia en particular. Y bastaba esto para que con toda verdad y propiedad se llamase a Jesucristo Mediador universal de la gracia. Pero además Jesucristo, como dice San Pablo, está en los cielos «siempre viviente para interceder por nosotros» (Hebr. 7, 25), esto es, como medió con su sacrificio para merecernos la gracia, media también ahora con su oración para aplicarnos la gracia por él merecida. Esta doble mediación la ejerce también, aunque, claro está, de un modo secundario y dependiente, la Virgen María. Pero con notable diferencia. Y es que la primera mediación, indudablemente la más importante, es precisamente la que más clara y frecuentemente está expresada en la tradición patrística, como también en la Escritura.

Para proceder con mayor orden, reuniremos en cuatro grupos los testimonios de los Padres, relativos a la mediación universal de la segunda Eva. En el primero reproduciremos algunos testimonios más genéricos que celebran en términos magníficos la acción salvadora de la segunda Eva. En el segundo presentaremos los textos en que aparece expresada con singular relieve la acción personal y moral de la segunda Eva, sobre todo su obediencia, en orden a la reparación de los hombres. En el tercero copiaremos los textos de los Padres en que se expresa el que podemos

llamar «principio de inversión», según el cual corresponde a la segunda Eva en la obra de la reparación la misma parte, aunque en sentido inverso, que tuvo la primera Eva en la obra de nuestra ruina. En el cuarto, finalmente, como complemento y resumen de todo lo dicho, tendrán su propio lugar los testimonios de los Padres en que se habla de la maternidad espiritual de la segunda Eva, respecto de la gracia y de los hombres en Cristo Jesús.

A.—*Obra salvadora de la segunda Eva.*

Comencemos por San Efrén, oigamos las dulces melodías del que con razón ha sido apellidado «cítara del Espíritu Santo»: «Errat autem, dilectissimi, exclama, quisquis hodiernam reparationis diem cum altera creationis comparari posse arbitratur. Initio namque terra condita est, hodie renovata; initio ob Adami crimen maledicta est in opere suo, hodie vero pax illi et securitas restituta; initio protoparentum delicto *in omnes homines mors pertransiit*, hodie vero per Mariam translati sumus de morte ad vitam. Initio serpens, Evae auribus occupatis, inde virus in totum corpus dilatavit; hodie Maria ex auribus perpetuae felicitatis assertorem excepit. Quod ergo mortis fuit, simul et vitae exstitit instrumentum.» (Op., tom. III, pag. 607). Y más brevemente en otro lugar: «Fratres, filii Evae, audiamus antiquae matris casum, quem Maria tandem reparavit.» (Op., tom. II, pag. 321). Y apelando a una imagen algo extraña, quizá, para nuestro gusto, dice en otro punto: «Manifestum namque est Mariam fuisse eius sideris ianuam, cuius praesentia spes nostra revixit, quando per illam mundum eiusque habitatores revisit lux, quam expulerat Eva omnium origo malorum. Et si mysterium utriusque nosse cupis, cogita corpus geminis praeditum oculis, quorum alter casu occaecatus lumen amisit, mira nitet alter luce quam etiam rebus omnibus communicat. Mundum iam respicito: duos hic oculos nactus est: Eva fuit oculus sinister plane caecus, dexter ex adverso nitidissimus Maria.» (Op., tom. II, pag. 329).

Más espléndidos son todavía los testimonios de San Agustín. Dada la autoridad del Santo Doctor y la belleza y energía de sus palabras, se nos permitirá seamos generosos en copiarlas: «Quid est enim femina, fratres, agnoscite. Muscipulum est animae, latrocinium vitae, suavis mors, blanda percussio, interfactio lenis, pernicies delicata, malum libens, sapida iugulatio; omnium enim calamitas rerum, mulier... O mulier ista execranda,

dum decipit! o iterum beata colenda, dum salvat! Plus enim contulit gratiae quam doloris. Licet ipsa docuerit mortem, ipsa tamen genuit Dominum Salvatorem. Inventa est ergo mors per mulierem, vita per Virginem... Ergo malum per feminam, immo et per feminam bonum; quia si per Evam cecidimus, magis stamus per Mariam: per Evam sumus servituti addicti, effecti per Mariam liberi; Eva nobis sustulit diurnitatem, aeternitatem nobis Maria condonavit; Eva nos damnari fecit per arboris pomum, absolvit Maria per arboris sacramentum, quia et Christus in ligno peperit ut fructus.» (Serm. I de Adam et Eva et Sancta Maria, n. 3. Mai, *Nova PP. bibliotheca*, tom. I, pag. 2). En otro lugar escribe: «Per feminam mors, per feminam vita: per Evam interitus, per Mariam salus. Illa corrupta secuta est seductorem, haec integra peperit Salvatorem. Illa poculum a serpente propinatum libenter accepit et viro tradidit, ex quo simul mererentur occidi: haec gratia caelesti desuper infusa vitam protulit, per quam caro mortua possit resuscitari.» (De symbolo ad Catechumenos, lib. 3, cap. 4, n. 4. ML. 40, 655-656).

De las obras atribuidas a San Agustín podríamos sacar también pasajes tan hermosos y significativos como éstos: «Mater generis nostri poemam intulit mundo, Genitrix Domini nostri salutem et feminae peperit et viro. Auctrix illa peccati maledicta... Auctrix ergo haec meriti benedicta... Illa occidendo obfuit, ista vivificando profuit: percussit illa, ista sanavit. Pro inoboedientia enim oboedientia commutatur, et fides pro perfidia compensatur.» (Serm. 120 in nat. Domini, n. 4. ML. 39, 1.985). «Facta est Maria restauratio feminarum, quia per ipsam a ruina primae maledictionis probantur esse subtractae.» (Serm. 123, in nat. Domini, n. 2. ML. 39, 1.991).

No menos hermoso que todos los precedentes, y sin duda más significativo, es el siguiente pasaje de San Fulgencio de Ruspe: «Venite, virgines, ad Virginem...; venite, madres ad Matrem... Ideo omnes istos cursus naturae Virgo Maria in Domino nostro Iesu Christo suscepit, ut omnibus ad se confugientibus feminis subveniret, et sic restauraret omne genus feminarum ad se venientium nova Eva servando virginitatem, sicut omne genus virorum Adam novus recuperat Dominus Iesus Christus.» (Serm. 36. ML. 65, 899-900).

En una oración sobre las glorias de la Virgen, atribuida a San Epifanio, se dice: «Angeli accusabant Evam, nunc vero Mariam gloria prosequuntur, quae mulierum infirmitatem vere gloriosam reddidit, quae lapsam Evam erexit, et Adamum e paradiso eiectum in caelos misit, quae paradi- sum clausum aperuit... Per te enim, o sancta Virgo, medius obstructionis

paries inimicitias dissolvit, per te pax caelestis donata est mundo, per te homines facti sunt angeli, per te homines appellati sunt amici, servi et filii Dei..., per te homines fiduciam habent in caelo erga Altissimum, per te crux resplenduit per universam terram, per te mors conculcatur et spoliatur infernus.» (Orat. de Virginis laudibus. MG. 43, 502).

Del mismo género son estas palabras, de Teodoto de Ancira, quien dirigiéndose a la Virgen, exclama: «Per te enim cessaverunt Evae tristia, per te perierunt mala, per te abscessit error, per te maledictio abolita, Eva per te redempta.» (Orat. in Dei Genitricem et in Nativitatem Domini, 12. MG. 77, 1428).

No son menos gloriosas para la Virgen estas palabras de Hesiquio, patriarca de Jerusalén: «Ecce Virgo: quaenam? Mulierum egregia, et virginibus electa, praeclarum naturae nostrae ornamentum, gloria lutii nostri, quae Evas pudore, et Adamum comminatione liberavit, audaciam draconis abscondit.» (Oratio de Virginis laudibus. MG. 93, 1466).

Parecidas son las expresiones de Anastasio antioqueno: «Sicuti per feminam mors producta est, sic oportuit dispensari salutem per feminam. Per illam, deceptam voluptate, omnes mortui sumus.» (Oratio de Virginis annuntiat., 8. MG. 89, 1383-1384).

San Juan Damasceno, al anunciar la triunfal Asunción de María, hace hablar a nuestros primeros padres en estos términos: «Beata tu, filia, quae violati mandati poenas nobis sustulisti. Tu mortale corpus a nobis sortita, immortalitatis indumentum nobis peperisti. Tu, cum a lumbis nostris ortum accepisses, nobis ut bene essemus rependisti. Dolores solvisti, mortis fascias rupisti... Nos paradisum clausimus, tu ligni vitae iter patefecisti. Per nos ex laetis tristia venerunt, ex tristibus contra laetiora per te redierunt.» (Orat. II in Deiparae dormitionem, 8. MG. 96, 733-734).

San Bernardo tiene la gloria de haber expuesto con mayor claridad y relieve que ninguno, quizás, de los Padres anteriores, la verdad consoladora de la Mediación universal de María. Por esto no es de maravillar que al contraponer la segunda Eva a la primera lo haga en tales términos, que no dejan ya la menor duda sobre el alcance de su pensamiento. Dice así en el sermón ya citado de las doce prerrogativas de la Virgen: «Et quidem sufficere poterat Christus, siquidem et nunc omnis sufficientia nostra ex eo est: sed nobis *bonum non erat esse hominem solum*. Congruum magis ut adesset nostrae reparacioni sexus uterque, quorum corruptioni neuter defuisset... Iam itaque nec ipsa mulier benedicta in mulieribus videbitur otiosa: invenietur euidem locus eius in hac reconciliatione. Opus est

enim Mediatore ad Mediatorem istum, nec alter nobis utilior quam Maria. Crudelis nimirum mediatrix Eva, per quam serpens antiquus pestiferum etiam ipsi viro virus infudit, sed fidelis Maria, quae salutis antidotum et viris et mulieribus propinavit. Illa enim ministra seductionis, haec propitiationis; illa suggessit praevaricationem, haec ingessit redemptionem. Quid ad Mariam accedere trepidet humana fragilitas? Nihil austerum in ea, nihil terribile; tota suavis est, omnibus offerens lac et lanam. Omnibus misericordiae sinum aperit, ut de plenitudine eius accipient universi, captivus redempcionem, aeger curationem, tristis consolationem, peccator veniam, iustus gratiam, angelus laetitiam, denique tota Trinitas gloriam, Filii persona carnis humanae substantiam, ut *non sit qui se abscondat a calore eius.*» (Sermo de duodecim Virginis praerogativis, 2. ML. 183, 429-430). No son menos hermosas las consideraciones que hace en el sermón sobre la Natividad de la Virgen: «Intuere, o homo, consilium Dei, agnosce consilium sapientiae, consilium pietatis. Caelesti rore arcum rigaturus, totum vellus prius infudit: redempturus humanum genus, pretium universum contulit in Mariam. Ut quid hoc? Forte ut excusetur Eva per filiam, et querela viri adversus feminam deinceps sopiretur. Ne dixeris ultra, o Adam: *Mulier, quam dedisti mihi, dedit mihi de ligno vetito;* dic potius: mulier, quam dedisti mihi, me cibavit fructu benedicto. Piissimum sane consilium, sed latet forsitan aliud, nec totum hoc est. Altius ergo intueamini, quanto devotionis affectu nobis eam voluerit honorari, qui totius boni plenitudinem posuit in Maria: ut proinde, si quid spei in nobis est, si quid gratiae, si quid salutis, ab ea neverimus redundare, quae *ascendit deliciis affluens.* Hortus plane deliciarum, quem non modo afflaverit veniens, sed et perflaverit superveniens auster ille divinus, ut undique fluant aromata eius, charismata scilicet gratiarum. Tolle corpus hoc solare quod illuminat mundum: ubi dies? Tolle Mariam, hanc Maris stellam, maris utique magni et spatiosi: quid nisi caligo involvens et umbra mortis ac densissimae tembrae relinquunt?» (Sermo in Virginis nativit., n. 6. ML. 183, 440-441).

Terminemos esta serie de testimonios con el de San Amadeo de Lausana: «Decebat enim ut, sicut per feminam mors, sic per feminam vita intraret in orbem terrarum. Et sicut in Eva omnes moriebantur, ita in Maria omnes resurgerent. Illa male credula verbis serpentis, mortis venenum miscuerat: haec conterens caput serpentis antidotum vitae cunctis ministriavit, ut mortem occideret et vitam repararet.» (De laudibus Virginis, hom. II. ML. 188, 1311). Y en otro lugar: «Sicut enim in Eva omnes moriuntur, ita et in Maria omnes vivificabuntur. Et sicut Eva scelere fit

mundi damnatio, ita fide Mariae facta est orbis reparatio. Illa infecta est veneno letali, quod transfudit ad posteros: haec infusa vitali antidoto, quod fidelis transmisit ad universos. Corruit illa male credula serpentis: surrexit ista, et... contrivit caput serpentis. Ab initio praenuntiata, et nunc Ecclesiae primitivorum donata. Ex tunc repromissa, et in fine temporum exhibita.» (De laudibus Virginis, hom. VII, ML. 188, 1338).

B.—*Acción moral de la segunda Eva en la reparación humana.*

Es fundamental para la cuestión que tratamos poner de manifiesto que la acción de la segunda Eva en la reparación del linaje humano no se limita a la maternidad física respecto del segundo Adán, Jesucristo. Para esto es interesantísimo examinar lo que dicen los Santos Padres acerca de esta cooperación moral de la Virgen. Primeramente traeremos los textos que hablan de esta acción moral de un modo más general; luego aduciremos los textos que hablan en especial de la parte que en nuestra reparación tiene la obediencia de la Virgen. Sobre lo uno y lo otro podrían repetirse aquí muchos de los textos anteriormente citados; pero, pues abundan los testimonios, traeremos otros nuevos.

Sea el primero el de Tertuliano: «Crediderat Eva serpentis: credidit Maria Gabrieli. Quod illa credendo deliquit, haec credendo delevit.» (De carne Christi, 17, ML. 2, 782).

Bajo otro aspecto pinta San Efrén con vivos colores la parte moral que tuvo la Virgen en su divina maternidad: «Eva, gloria et honore decora, noluit serpentis despecto et vili repugnare; quando et eius dicta ambigua erant et igne probanda, ipsamque videre erat multa luce nitentem, et illum misere abiectum. Mariam ergo miremur, quae magnum angelum interpellavit nec expavit, sciscitata est nec timuit. Eva nec sordidum serpentem pedibus carentem ausa est interrogare, quando puella Gabrieli restitit... Maria sciscitata est de rebus quae illi veridico plana fuissent: admisit Eva ab hospite ignoto dicta quae factu difficillima. Mater imprudens nostrarum misericarum origo fuit: facta est prudentissima soror felicitatis nostrae thesaurus.» (Op. tom. II, pag. 321).

Más complejo es el testimonio de Teodoto de Ancira: «Hanc nobis conditore dignam donavit divina providentia bonorum conciliatricem: non quae ad inobedientiam incitet, sed quae ad obsequendum duxtrix existat; non quae fructum letiferum porrigat, sed quae panem vitalem praebeat;

non quae animo facile lasciviat, sed quae robusto sensu exsistat; non mollem cogitatione, sed mente firma; archangelo magnifice colloquenter, et quae mali confuderit auctorem; ad angeli quidem adspectum mirantem, velut neptem Adamo dissimilem; quae tamen his quae nuntius afferret, animo prudens cautaque attenderet, ne forte iterum falso benevolus in templo agentem, ut in paraiso, inviseret; ne rursus iniurius violator in Dei aedem, ut in Eden, temerarius insiliat; ne fausta annuntiatio deceptio existat.» (Oratio in Dei Genitricem, XII. MG. 77, 1.427).

Severiano, obispo de Gábala, émulo de la elocuencia de San Juan Crisóstomo, celebra sobre todo laantidad de la Virgen: «Quid igitur? Damnationi obnoxius est muliebris sexus, manetque in doloribus, nec vinculum solvit? Venit Christus qui vinculum solvit; occurrit ea quae Domnum peperit, sexui patrocinans, sancta Virgo pro virgine (nam virgo erat Eva cum peccavit); damnatae dolorem solvit atque gemitum. Sicut enim si quis in regiam vocetur, suos honoribus augere studet, ac, si in angustia fuerint, liberare: sic Sancta Virgo, in regiam vocata, ut divinae generationi ministraret, insolito donata partu, hanc primam gratiam petit, immo accipit. Quia non decebat culpae obnoxiam feminam innoxium gigiueret, venit is qui primo Eva tristitiam per gaudium solvit.» (De mundi creatione, orat. 6, n. 10. MG. 56, 497).

Por fin, San Pedro Crisólogo escribe: «Audistis hodie angelum cum muliere de hominis reparatione tractantem... Agit, agit cum Maria angelus de salute, quia cum Eva angelus egerat de ruina.» (Serm. 142. ML. 52, 579).

Más importante que esta acción moral de la Virgen, generalmente considerada, es su obediencia. Para San Pablo, la acción de Jesucristo como segundo Adán y como Mediador en orden a la salud del mundo y en contraposición a la acción funesta del primer Adán, es principalmente su obediencia. «Sicut enim per inobedientiam unius hominis peccatores constituti sunt multi: ita et per unius oboeditionem iusti constituentur multi.» (Rom. 5, 19). «Humiliavit semetipsum factus oboediens usque ad mortem, mortem autem crucis.» (Philip. 2, 8). Veamos, pues, lo que enseñan los Padres sobre la obediencia con la cual la Virgen se asoció a la obediencia de Jesucristo para reparar la desobediencia que cometió Eva y en que hizo incurrir al primer Adán.

Ya hemos visto anteriormente que San Justino contrapone la obediencia de María a la desobediencia de Eva. Pero más expresamente todavía ensalza San Ireneo la obediencia de la Virgen: «Consequenter autem et Maria Virgo oboediens invenitur, dicens: *Ecce ancilla tua, Domine, fiat*

mihi secundum verbum tuum. Eva vero inoboediens: non oboedivit enim, adhuc cum esset virgo. Quemadmodum illa, virum quidem habens Adam, virgo tamen adhuc exsistens..., inoboedientia facta, et sibi et universo generi humano causa facta est mortis: sic et Maria, habens praedestinatum virum, et tamen virgo, oboediens, et sibi et universo generi humano causa facta est salutis... Eva inoboedientiae nodus solutionem accepit per oboedientiam Mariae. Quod enim alligavit Eva per incredulitatem, hoc virgo Maria solvit per fidem.» (Contr. Haeres., III, 22, 4. MG. 7, 958-960).

Y en otro lugar añade: «Quemadmodum illa per angeli sermonem seducta est, ut effugeret Deum, praevericata verbum eius: ita et haec per angelicum sermonem evangelizata est, ut portaret Deum, oboediens eius verbo. Et si ea inoboedierat Deo: sed haec suasa est oboedire Deo, ut virginis Eva Virgo Maria fieret advocata. Et quemadmodum adstrictum est morti genus humanum per virginem, salvatur (solvatur) per Virginem, aequa lance disposita, virginallis inoboedientia per virginalem oboedientiam.» (ib. V, 19, 1. MG. 7, 1175-1176).

También San Efrén, además de lo dicho anteriormente, expresa brevemente la parte que tuvo la obediencia de María en su obra salvadora: «Sicut enim per exiguum auris sinum intravit et infudit se mors: ita in novam Mariae aurem penetravit fuditque se vita.» (Op. tom. II, pag. 324).

En el mismo sentido se expresa San Proclo, patriarca de Constantinopla: «Accurrant mulieres, quod mulier non mortis arborem ostendat, sed pariat fructum vitae... Accurrant matres, eo quod Virgo mater, inoboedientiae arborem, vitae arbore emendavit. Concurrant filiae, quod inoboedientiae maternae iniuriam filiae oboedientia vindicavit.» (Orat. IV in natal. Domini, 2. MG. 65, 709-712).

Por fin, San Juan Damasceno celebra repetidas veces la obediencia de María, contrapuesta a la desobediencia de Eva: «O digna Deo filia, humanae venustas naturae, primigeniae parentis Evaem emendatio. Tuo namque partu, quae ceciderat erecta est. O sacrosancta filia, feminarum gloria; quamvis enim prima Eva praevericationis rea exstiterit, et per eam, dum illa serpenti adversus primum parentem inserviret, ingressa sit mors: attamen Maria, divinae obsequens voluntati, deceptorem anguem ipsa decepit, et mundo immortalitatem invexit.» (Oratio in Deiparae nativit. I, 7. MG. 96, 671). Y en otro lugar añade: «Haec itaque nomen illud (Dei), quod omni affectu et honore semper colebat, sacra quadam reverentia audiens, inoboedientiae vocem timore et gaudio plenam emisit: *Ecce ancilla*

Domi ni, fiat mihi secundum verbum tuum.» (Oratio in Deiparae dormit., I, 7. MG. 96, 709-710).

Consta, pues, de todos los testimonios aducidos, que la asociación y la cooperación de la segunda Eva con el nuevo Adán está muy lejos de quedar agotada con la maternidad física. María juntó su obediencia y cooperó con su obediencia a la obediencia salvadora del Hijo de Dios. Y no sólo dió su carne al Cordero de Dios, que quitó los pecados del mundo, sino que unió su corazón con el corazón de Jesucristo para la salud de los hombres.

C.—*El principio de la inversión.*

Da mucha luz a toda esta cuestión un principio que repiten con frecuencia los Santos Padres, y que podemos llamar principio de inversión o de reversión. Consiste este principio en que Dios quiso obrar la reparación del linaje humano por los mismos caminos que siguió su ruina, aunque en sentido diametralmente opuesto. Si no fuese extraña la imagen, tomada de la Aritmética, diríamos que Dios, según los Padres, empleó para la reparación los mismos valores que intervinieron en la ruina, pero cambiándoles el signo: lo que era positivo se convierte en negativo, o, quizá mejor, lo que era negativo se convierte en positivo.

Oigamos las palabras de los Santos Padres.

Ya San Justino expresó así este principio de la Providencia divina: «*Novimus per Virginem hominem factum esse, ut qua via initium orta a serpente inobedientia accepit, eadem via etiam dissolutionem acciperet.*» (Dial. cum Tryph., n. 100. MG. 6, 709).

Más enérgicamente expone el mismo principio San Ireneo: «*Propter hoc lex eam quae desponsata erat viro, licet virgo sit adhuc, uxorem eius qui desponsaverat vocat: eam quae est a Maria in Eam recirculationem significans: quia non aliter quod colligatum est solveretur, nisi ipsae compagines alligationis reflectantur retrorsus: ut primae coniunctiones solvantur per secundas, secundae rursus liberent primas.*» (Contr. Haeres., III, 22, 4. MG. 7, 959).

Con su habitual concisión, dice Tertuliano: «*Deus imaginem et similitudinem suam a diabolo captam aemula operatione recuperavit.*» (De carne Christi, 17. ML. 2, 782).

Ya hemos visto que en el poema *Adversus Marcionem* se dice de Cristo:

«Ipse viam gradiens, qua mors operata ruinam est.»

Lo mismo dice San Juan Crisóstomo: «Per quae diabolus nos expugnavit, per ea ipsa Christus eum superavit. En ipsa arma accepit, ac per eadem ipsum prostravit. Quomodo autem, audi. Virgo, lignum et mors nostrae clavis symbola erant... Iam vide quomodo eadem ipsa nobis victoriae causa sint. Pro Eva María; pro ligno scientiae boni et mali, lignum crucis; pro morte Adami mors Domini. Viden' eum iisdem armis viciisse, et iisdem profligatum esse?» (Hom. in sanctum Pascha, n. 2. MG. 52, 767-768).

Más expresivo es, si cabe, este pasaje de San Ambrosio: «Videte enim quemadmodum suis nodis praeiudicia resolvantur, et suis divina beneficia vestigiis reformati. Ex terra virgine Adam, Christus ex Virgine... Per mulierem stultitia, per Virginem sapientia. Mors per arborem, vita per crucem... In deserto Adam, in deserto Christus... Sed quoniam saecularibus induitus exuviis redire non poterat, nec paradisi incola potest esse, nisi nudus a culpa, exuit veterem hominem, novum induit: ut, quia solvi non queunt divina decreta, persona magis quam sententia mutaretur.» (In Luc. IV, 7. ML. 15, 1698).

El mismo pensamiento expresa San Agustín: «Iisdem gradibus, quibus perierat humana natura, a Domino Iesu Christo reparata est. Adam superbus; humilis Christus. Per feminam mors, per feminam vita...» (De symbolo ad Catechumenos, lib. III, cap. 4, n. 4. ML. 40, 655).

Más brevemente San Pedro Crisólogo: «Audisti agi, ut homo cursibus eisdem, quibus dilapsus fuerat ad mortem, rediret ad vitam.» (Serm. CXLII de Virginis annuntiat. ML. 52, 579).

De un modo más concreto expresa el mismo principio Teodoto de Ancira: «Placuit... Domino, ut... per eam ipsam naturam quae nequissimo succubuisset... adversarium eius expugnaret... Pro mali enim auctore dracone... archangelus dominico e caelis praeditus descendens; eiusque loco, qui rapinam arbitratus esset esse aequalem Deo, qui natura Deus atque Dominus... existit; pro ea quae ad mortem ministra extiterat virgo Eva, Deo gratissima... Virgo in vitae obsequium eligitur.» (Homilia VI in S. Deiparam et in Nativitatem Domini, 11. MG. 77, 1426-1427).

Más en general indica el mismo pensamiento Andrés Cretense: «Muliiebris sexus maledictionem primam corrigit, salutis inde ducto initio, unde initium fuerat peccati.» (Oratio in Deiparae Nativitatem, I. MG. 97, 813-814).

Finalmente, leemos en Jorge de Nicomedio: «Quando autem haec ita fuerant provisa, parque erat ut ab eadem ipsa radice e qua malum a principio ortum erat, medicatio quoque germinaret, utque eadem pelleretur via qua in hominum genus invaserat: a muliebri nimirum facilitate, quae incaute aperiens aditum sibi pariter viroque atque posteris perniciem adscivisset: sic omnino res habuit.» (Oratio V in Deiparae praesent. MG. 100, 1405 1406).

Las consecuencias que fluyen de este principio saltan a la vista. A la acción moral, directa, universal, de Eva en la perdición del género humano, corresponde antitéticamente la acción de María en su reparación; acción, por tanto, moral, directa y universal. Y como esta acción no es sino la cooperación a la del segundo Adán, mediador de la gracia y de la vida, de ahí que la acción de la Virgen es acción de medianera, es verdadera mediación, moral, directa y universal.

D.—*Maternidad espiritual y universal de la segunda Eva.*

La maternidad espiritual y universal de la Virgen podía, sin más, colegirse de todo lo dicho. Y esta maternidad de orden moral, extensión de la maternidad física de María respecto de Jesucristo, explicaría por qué los Santos Padres, al hablar de la acción de María como segunda Eva, mencionan con tanta frecuencia su divina maternidad. Además, por la Escritura, sobre todo por San Pablo, donde consta con claridad meridiana, podría ilustrarse la conexión de las dos maternidades de María, o, mejor, de la única maternidad, física a la vez y moral, del Cristo completo, del Cristo natural y del Cristo místico. Mas, pues ahora razonamos solamente con los testimonios de la tradición patrística, a ellos nos limitaremos.

Es de altísimo valor el testimonio de San Ireneo. Reproduciremos en pocas palabras el notabilísimo estudio que, con el título «La Virgen que nos regenera», publicó en *Recherches de science religieuse* (1914, tomo V, páginas 136-145) el P. Pablo Galtier. Toma por base de su trabajo dos textos de San Ireneo. El primero dice: «Quemadmodum autem relinquet (homo) mortis generationem, si non in novam (transierit) generationem mire et inopinatae a Deo, in signum autem salutis datam, quae est ex virgine, per fidem, regenerationem?» (Contra Haer., IV, 33. MG. 7, 1.074). El sentido de este pasaje lo da bien Massuet, testigo imparcial en esta materia: «... si non transeat in novam generationem mire et inopinatae a Deo,

in signum autem salutis datam, eam videlicet regenerationem quae est ex Virgine per fidem.» El segundo pasaje dice: «Purus pure puram aperiens vulvam, eam quae regenerat homines in Deum, quam ipse puram fecit.» (Ib. MG. 7, 1.080). El sentido de la expresión «regeneratio ex Virgine», idéntico al de «generatio nova» y declarado por «vulvam quae regenerat homines», es que con Cristo y en Cristo todos los hombres nacen de María, y con este nacimiento son regenerados a la vida de la gracia; lo cual significa la filiación espiritual de los hombres respecto de la Virgen y la maternidad espiritual de la Virgen respecto de los hombres. «Eva, causa de nuestra muerte y autora de nuestra cautividad; María, causa de nuestra salud y autora de nuestra liberación: he aquí la madre que nos engendra para la muerte, y la madre que nos regenera para la vida de Dios.» (Galtier, l. c., pág. 141). «Las expresiones de San Ireneo, por consiguiente, deben tomarse en el sentido que impone su contexto inmediato: *la Virgen de la cual se renace por la fe, la que regenera a los hombres en Dios*, es la Virgen Madre de Cristo. El obispo de Lión, a fines del siglo II, no dice de ella ni más ni menos de lo que ha escrito el Papa de Roma a principios del siglo XX. *In uno eodemque alvo castissimae Matris et carnem Christus sibi assumpsit et spiritale simul corpus adiunxit, ex iis nempe coagmentatum qui credituri erant in eum. Ita ut Salvatorem habens Maria in utero, illos etiam dici queat gessisse omnes, quorum vitam continebat vita Salvatoris.*» (Pío X, encicl. *Ad diem illum*, de 4 de febrero de 1904. Galtier, l. c., pág. 145).

No son de menos valor los testimonios de San Agustín sobre esta maternidad espiritual y universal de la Virgen María. Dice así en el libro *De sancta virginitate*: «Illa una femina non solum spiritu, verum etiam corpore, et mater est et virgo. Et mater quidem spiritu, non capitis nostri, quod est ipse Salvator, sed plane membrorum eius, quod nos sumus, quia cooperata est caritate, ut fideles in Ecclesia nascerentur, quae illius capitum membra sunt, corpore vero ipsius capitum mater» (6, 6. ML. 40, 399). Aunque no tan explícito a primera vista, es más profundo y no menos significativo este otro pasaje: «Non posset mori, nisi caro; non posset mori, nisi mortale corpus: induit se (Christus) ubi pro te moriretur, induit te ubi cum illo vivas. Ubi se induit morte? In virginitate Matris. Ubi te induit vita? In aequalitate Patris. Elegit sibi hic thalamum castum, ubi coniungeretur sponsus. *Verbum caro factum est*, ut fieret caput Ecclesiae. Verbum enim ipsum non est pars Ecclesiae; sed ut esset caput Ecclesiae, carnem assumpsit.» (In Psalm. 148, n. 9. ML. 37, 1.942). En otros pasajes

repite el santo Doctor la misma doctrina. (Serm. 290, c. 5. ML. 38, 1.315.— In natali Domini, 9, 2. ML. 38, 1.012-1.013).

El mismo pensamiento expresa frecuentemente San Ambrosio. Baste, como muestra, el siguiente pasaje: «*Virgo genuit mundi salutem, virgo peperit vitam universorum...* Itaque in Virgine Christus repperit quod suum esse vellet, quod sibi omnium Dominus assumeret. Per virum autem et mulierem caro electa de paradyso, per Virginem iuncta est Deo.» (Ep. 63, 33. ML. 16, 1249-1250).

La misma maternidad espiritual atribuye a la Virgen San Epifanio, relacionándola más explícitamente con su carácter de segunda Eva: «*Haec est, quam adumbravit Eva, quae viventium mater quodam aenigmatis involucro nuncupatur. Siquidem Eva tum viventium est appellata mater, cum iam illud audisset: Terra es et in terram reverteris, post admissum videlicet peccatum. Quod quidem admiratione dignum est, post illam offensionem tam praeclarum ei cognomen attributum...* Revera tamen a Maria Virgine vita ipsa est in mundum introducta, ut et viventem pariat, et viventium Maria sit mater. Quocirca *viventium mater*, adumbrata similitudine, Maria dicitur.» (Adversus Haereses, lib. III, haer. 58 [78], c. 18. MG. 42, 727-728).

Lo mismo enseña San Pedro Crisólogo: «*Benedicta tu in mulieribus: quia in quibus Eva maledicta puniebat viscera, tunc in illis gaudet, honoratur, suspicitur Maria benedicta. Et facta est vere nunc mater viventium per gratiam, quae mater exstitit morientium per naturam...* Quantus sit Deus satis ignorat ille, qui huius Virginis mentem non stupet, animum non miratur: pavet caelum, tremunt angeli, creatura non sustinet, natura non sufficit: et una puella sic Deum in sui pectoris capit, recipit, oblectat hospitio, ut pacem terris, caelis gloriam, salutem perditis, vitam mortuis, terrenis cum caelestibus parentelam, ipsius Dei cum carne commercium, pro ipsa domus exigat pensione, pro ipsis uteri mercede conquerat, et impleat illud Prophetae: *Ecce hereditas Domini, filii; merces, fructus ventris.*» (Serm. 140. ML. 52, 576-577).

De un modo poético y bíblico expresa esta maternidad espiritual de la Virgen Teodoto de Ancira: «*Huiuscemodi nobis mirabilia... diva Mater Virgo affert. Nam apud eam est fons vitae; uberaque rationabilis lactis et sine dolo: a quibus modo, sugendae dulcedinis gratia, studio accurrimus.*» (Homilia IV in S. Deiparam et Simeonem, 4. MG. 77, 1.395-1.396).

Bíblica también y poética es la expresión de San Andrés Cretense: «*Vere tu benedicta, cuius venter acervus areae, quoniam fructum benedi-*

ctionis Christum immortalitatis spicam, sine semine ac nullo hominum excolente, messe copiosa et innumerabili ac multis laetantium milibus humanae salutis colono adductis, absolutum fructum produxisti.» (In Annuntiationem B. Mariae. MG. 97, 897-898).

Por fin San Amadeo, obispo de Lausana, hablando con Dios, dice: «In te etiam laudabitur, non Eva leti propinatrix, sed Maria vitae propinatrix, mater et altrix coniuctorum vita viventium.» (De laudibus Virginis, hom. VIII. ML. 188, 1.343).

«Teniendo tantos testigos, que a manera de nube nos rodean», podemos exclamar con San Pablo (Hebr. 12, 1), no podemos ya dudar en ninguna manera de que realmente, según la tradición de los Santos Padres, María es la segunda Eva, es la mujer prometida al hombre prevaricador en el Edén a raíz misma del pecado; y que como tal, por su asociación y cooperación con Jesucristo, por su acción moral, especialmente por su obediencia, por la maternidad espiritual y universal respecto de todos los hombres en Cristo Jesús—todo, para que se realizasen los designios amorosos de la divina misericordia, que quiso reparar al hombre por los mismos caminos por donde se había perdido—: es la Virgen María medianera universal de la gracia divina, asociada al nuevo Adán, mediador entre Dios y los hombres, nuestro Señor Jesucristo.

José M. BOVER.

Barcelona-Sarriá, 18 de junio de 1923.

